

IV Certamen literario Los cuentos de María de la O Lejárraga



Organizan:

***Ayuntamiento de San Millán de la Cogolla
Asociación Tierras de San Millán
Asociación Cultural Emilianense
Ediciones Emilianenses***

Colaboran:

***Consejería de Cultura, Turismo, Deporte y Juventud
Fundación San Millán
Movimiento Ultreya***



La Rioja

Información y bases: mariadelaolejarraga.es

San Millán de la Cogolla - La Rioja - España

Lengua de paso

Raúl Guerrero Payo

Texto premiado en el IV Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2026

Lengua de paso

*Las palabras también viajan: algunas por los caminos,
otras por la boca del pueblo, otras por los márgenes.*

*Las palabras, como algunas personas,
no descansan nunca.*

En agosto de 1938, convencidos de que ni la Historia tenía derecho a estropearles la luna de miel, Emilia y Marcelino se detuvieron en San Millán de la Cogolla.

No llegaron en coche, ni en tren, ni en ningún artefacto que permitiera presumir de siglo. Llegaron a pie, con los zapatos blancos de polvo y un burro viejo que transportaba dos mudas, una manta, un saco de garbanzos y los diarios de Emilia, atados con una cuerda de esparto.

—Parecemos santos pobres —dijo Marcelino.

—No insultes a los santos —contestó Emilia.

Se habían casado tres semanas antes. Nadie habló de *luna de miel*. Se habló de caminos seguros, de pueblos donde no preguntaban demasiado, de primos que podían alojarlos una noche, de documentos que no convenía enseñar salvo que los pidieran con pistola. Emilia decidió llamarlo *viaje de novios* porque necesitaba una palabra decente para seguir caminando.

San Millán parecía suspendido entre la piedra y el verano. En la venta les sirvieron pan duro, queso y una jarra más de vinagre que de vino.

El ventero señaló el burro desde la puerta.

—¿Y en ese burro qué va?

—Ropa —dijo Marcelino.

—Papeles —dijo Emilia.

El ventero miró a uno y a otra, midiendo cuál de las dos respuestas era más peligrosa.

—Pues arrimen esos papeles poco a la vista, que hoy día hablan más de la cuenta. Y esta tarde, si quieren hacerse los sordos a la guerra, hay toros. Aquí no se la oye... mientras no pregunte uno demasiado.

Marcelino sonrió.

—Eso debe de ser un descanso.

—No se confíe —dijo Emilia—. A veces lo que no se oye es lo que más cerca está.

Antes de la corrida subieron hacia el monasterio. No entraron. Les bastó con la sombra de los muros. Un hombre muy viejo, sentado junto a una puerta, los observaba con la serenidad de quien ya no espera explicaciones ni expiaciones.

—¿Vienen por los santos?

—Por ahora venimos por la sombra, y de paso —dijo Marcelino—. Los santos, si son razonables, también estarán allí.

El viejo asintió, como si aquella fuera la única manera razonable de venir al mundo.

—Aquí todo ha venido de paso: reyes, monjes, soldados, pobres. Hasta las palabras. Emilia levantó la vista.

—¿Las palabras?

—Dicen que algunas nacieron por aquí escritas en los márgenes. No en el centro. En el centro mandaba el latín: lengua seria, lengua de Iglesia, lengua de mandar. Pero alguien, cansado de no entender, fue poniendo al lado lo que aquello quería decir. Una palabra pequeña junto a una grande. Una lengua escondida debajo de otra.

Emilia pensó en sus diarios: en las páginas donde anotaba rutas, ventas y nombres de pueblos, y en los márgenes donde escribía lo que no se atrevía a decirle a Marcelino.

—Entonces las palabras también huyen —dijo.

—Más que nosotros —respondió el viejo—. Y llegan más lejos.

A las cinco, a las cinco de la tarde, fueron a los toros.

La plaza era un círculo improvisado con carros, tablas y balcones prestados. Había soldados, niños descalzos y viejos mirando la arena como si allí fueran a representarles otra vez la vida (pero con cuernos).

El toro salió con una furia confusa, dio dos vueltas y se detuvo en el centro. El torero, muy joven, levantó el capote. Tenía la cara blanca, de anticipación del miedo.

Entonces ocurrió. No hubo trueno, ni viento, ni grito primero. Solo una lentitud extraña en la luz. El sol empezó a cerrarse por un lado, mordido por una sombra limpia. Alguien dijo «*eclipse*». Otro se santiguó. Un niño aplaudió, creyendo que formaba parte del espectáculo. La tarde perdió color. El toro bajó la cabeza. El torero dejó caer el capote.

Y, durante unos segundos, nadie supo qué mentira le correspondía decir. Desde el palco, el sacerdote se puso en pie.

—No creo en Dios desde el invierno del treinta y tres. Pero sigo diciendo misa porque la nada da más miedo que la blasfemia.

La sombra avanzaba sobre el sol como tinta derramada. El alcalde se levantó después:

—La guerra solo beneficiará a este pueblo si mueren los de fuera. Y, si puede ser, lejos.

Su mujer cerró el abanico:

—Yo llevo veinte años sin quererlo. Una aprende a servir la sopa con educación.

Un soldado joven, apoyado en la barrera, habló sin mirar a nadie:

—No pienso seguir muriendo por una palabra que otros pronuncian sentados. Si tanto honor hay en matarse, que empiecen los que tienen despacho.

Otro soldado, más viejo, añadió:

—Yo he disparado al cielo siempre que he podido.

Cada frase parecía quitar una piedra del pecho de alguien y ponérsela en las manos. Emilia notó que Marcelino le apretaba la mano. No era ternura. Era pánico.

—No quiero seguir —dijo él.

Ella fingió no haber oído. Pero bajo aquella luz falsa no se podía fingir nada.

—No quiero más caminos, ni más ventas, ni más nombres inventados —continuó Marcelino—. Me casé contigo porque pensé que a tu lado tendría una ruta. No una vida. Una ruta.

Emilia sintió que la frase entraba en ella con precisión.

—Yo lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Desde antes de la boda. Tú necesitabas moverte. Yo necesitaba no quedarme. Nos pareció amor porque los dos mirábamos hacia la puerta.

El sol era ya una moneda negra cercada de fuego.

—¿Y ahora? —preguntó él.

Emilia quiso decir «ahora nos queremos», pero la sombra no dejaba pasar frases ornamentales.

—Ahora seguimos —dijo—. No porque sea bonito. Porque quedarse sería empezar a obedecer.

En el ruedo, el toro se acercó al torero. Durante un instante todos creyeron que lo embestiría. Pero el animal solo olió el capote roído y caído y se apartó con una dignidad que avergonzó a no pocos.

La oscuridad alcanzó su centro.

Entonces habló el ventero, desde una grada lateral:

—El vino está aguado.

(Aquello sí provocó cierto escándalo).

El alcalde intentó recuperar autoridad, pero su esposa lo mandó callar con un gesto antiguo y preciso.

Poco a poco, la luz regresó como regresan los cobardes: a tientas.

El sol se recompuso. Las sombras recuperaron su sitio. El toro fue retirado sin muerte. El sacerdote anunció misa para el día siguiente. El alcalde declaró que todo había sido una alucinación provocada por cornezuelo. El ventero juró que la oscuridad alteraba el paladar.

A la mañana siguiente, el registro municipal consignó el episodio con letra firme: INCIDENTE DE NATURALEZA ATMOSFÉRICA. LEVE CONFUSIÓN COLECTIVA. SIN CONSECUENCIAS.

Marcelino compró pan. Emilia desató los diarios del burro y buscó la página del día anterior. Había escrito: «Llegamos a San Millán de la Cogolla. Comimos en la venta. Por la tarde hubo toros».

Se quedó mirando el centro limpio de la página. Allí cabían los hechos, la versión que no comprometía a nadie, la *Historia* con mayúscula. Luego recordó al viejo del monasterio: las palabras pequeñas junto a las grandes, la lengua escondida debajo de otra, el margen como refugio de lo verdadero.

Mojó la pluma. No escribió donde debía. En el borde derecho de la página, con letra casi clandestina, anotó: «A las cinco de la sombra, el pueblo habló en una lengua anterior al miedo». Marcelino apareció con el pan bajo el brazo:

—¿Lista?

Emilia cerró el diario.

—No.

Él bajó la mirada.

—¿Entonces?

—Entonces vamos.

Cargaron el burro. Dejaron atrás la venta, la plaza y el vino bautizado. Al pasar junto al monasterio, el viejo no estaba. Quedaba una silla vacía y una sombra estrecha, como una línea escrita al margen de la piedra.

Caminaron hacia el este, aunque ninguno de los dos sabía si el este era más seguro que cualquier otra dirección. En aquellos años, los caminos no llevaban a lugares: llevaban a esperas, a preguntas, a documentos extendidos sobre mesas ajenas. Viajar no era avanzar. Era retrasar la muerte, dilatar la vida. Era darle al miedo otro paisaje.

Al mediodía, Marcelino preguntó:

—¿Qué has escrito?

—La ruta.

—¿Solo eso?

Emilia pensó en la plaza oscura, en el cura sin Dios, en el soldado que disparaba al cielo, en el toro que había perdonado al hombre.

—No —dijo—. También lo que no cabía.

Marcelino no preguntó más.

Siguieron caminando. El burro iba delante, paciente, cargado con ropa, pan y páginas. En el cuerpo del diario quedaban los pueblos, las fechas, las distancias. En los márgenes empezaba otra cosa: una vida escrita de paso, una verdad sin casa, una lengua que todavía no sabía si estaba naciendo o escapando de alguna mentira.

Aquella tarde no hubo luna de miel, ni guerra lejana, ni salvación. Solo dos sombras moviéndose por un camino blanco.

Emilia pensó que quizá vivir consistía en eso: no pertenecer del todo al lugar que se pisa, ni al que se abandona, ni al que se busca. Llevar la vida en tránsito como un cuaderno lleno de palabras bajo la ropa. Escribir, cuando nadie mira, en el margen de lo permitido. Y seguir. Aunque no se esté preparada.

La viajera inmóvil

Almudena Casado García

Accésit en el IV Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2026

La viajera inmóvil

Para mi madre, el mundo se medía en kilómetros y movimiento. Cuando papá murió y ella se quedó conmigo en brazos, su vida se transformó en el lugar hostil del que escapar. Para mamá quedarse quieta fue siempre sinónimo de rendición.

«La vida, o el de arriba, quien usted prefiera, me arrancaron el corazón y el sustento cuando mi Juan murió. Tuve que correr para no hundirme y sacar a mi hija adelante. Mi niña, que ha sacado los ojos de su padre, tiene los pies forjados con la misma piedra que la plaza del pueblo. No entiendo a mi hija, un mundo entero por conquistar y ella elige vivirlo para siempre en el mismo código postal».

Crecí en la misma casa en la que nació. Mi madre iba y venía todos los días a la capital y me dejaba allí al cuidado de mi abuela, que antes de ir a la escuela me recogía el pelo cuidadosamente en dos largas trenzas. Mi mejor amiga era Luz. Nos conocíamos desde niñas: íbamos juntas al colegio, nos sentábamos en pupitres contiguos, hacíamos los deberes, tomábamos la merienda en su casa y rematábamos la tarde saliendo a jugar al parque. Entonces, de la noche a la mañana, sus padres se fueron a otra ciudad y se la llevaron. Aquella fue la primera vez que hice la maleta. En ella guardé el sonido de las risas compartidas, el sabor de las meriendas en su casa, los ingenuos secretos contados al oído y el vacío del pupitre de al lado. Con mucho cuidado para que no se arrugara, guardé también la certeza de que las personas que amamos a veces solo están de paso en nuestra vida.

«Cuando su amiga se fue pensé que se encendería en ella el deseo de volar. Pero no. Mi niña se quedó allí quieta, mirando por la ventana, como si el mundo entero cupiera en un parque vacío».

A los veinte años, mi brújula interior cambió inesperadamente su dirección. El pueblo seguía siendo el mismo, pero hallé a Julián, o, mejor dicho, le vi por primera vez con una mirada diferente. Era el hijo del panadero, y llenaba las calles y mis sueños con su risa. Con él descubrí que el amor quema y que la eternidad se promete en esquinas oscuras. Pero la ruta de Julián pasaba por el mar, y yo tenía mis raíces firmes en la tierra de mis

padres. Cuando él se marchó en busca de nuevos horizontes, le despedí con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos.

Hice el equipaje por segunda vez. Guardé al fondo de aquella maleta el orgullo de haber amado sin condiciones, sobre este coloqué la intensidad de los besos a medianoche y, encima de todo, doblado cuidadosamente para que no se rasgaran las esquinas, guardé la lección de que amar también es dejar ir. Cuando cerré la cremallera, comprendí que madurar no es cambiar de lugar, sino aprender a sobrevivir a las ausencias sin cerrar del todo el corazón.

«Le vi suplicar que se fuera con él para comenzar una vida juntos. Ella tuvo la oportunidad de estar con un hombre con un buen futuro y prefirió quedarse viendo cómo se marchaba. Es como si mi hija no tuviera sangre en las venas. Le dejó partir con una sonrisa y cuando regresó a casa se quedó quieta frente a la ventana, como si el mundo entero cupiera en las cuatro esquinas del pueblo».

Con más de cincuenta años, vi estrenar amores de los que surgirían las semillas de las nuevas generaciones; llegaron amigas que se convirtieron en hermanas; comencé un viaje largo y silencioso hacia el cuidado de mi madre; y asumí la pérdida de mi juventud biológica. La menopausia me hizo rehacer mi equipaje por tercera vez. Al fondo coloqué las ambiciones que nunca tuve, los «y si hubiera...» que nunca sucedieron. Sobre ellos puse una templanza absolutamente libre de resentimientos y, empaquetado en papel de seda para que no se arrugara, envolví una madurez ligera marcada por las arrugas alrededor de mis ojos y mis labios, las huellas de las risas compartidas.

«Ya es muy tarde. Se le ha pasado el arroz y se ha convertido en una solterona que cuida a una vieja. Aún me enfado cuando veo todos los trenes que mi niña ha dejado pasar. Y total, ¿para qué? Yo quería una hija que se comiera el mundo, y aquí sigue, mirando por la ventana como si el mundo entero cupiera en la acera que hay frente a esta casa».

La voz de mi madre se apagó hace más de quince años. Hoy descanso frente a la ventana, mirando hacia el exterior con los ojos enturbiados por la edad. Haré mi equipaje una última vez. Al fondo colocaré la paz que habita en el perdón. Sobre ella pondré la aceptación de que nunca necesité barcos, aviones o pasaportes para conocer la inmensidad

del universo. Y encima del todo, con unas gotas de mi perfume favorito, dejaré la gratitud por el extraordinario viaje que ha sido mi vida.

El mejor trayecto, el que nos transforma de verdad, no consiste en acumular kilómetros y cambiar de paisaje. Para vivir en tránsito no es necesario cruzar fronteras físicas; basta con cambiar la mirada para que lo cotidiano nos transforme en seres extraordinarios.

Patria errante

Francisca Pérez Ramírez

Accésit en el IV Certamen literario
Los cuentos de María de la O Lejárraga 2026

PATRIA ERRANTE.

La maleta pesaba más por lo que callaba que por lo que contenía. María se detuvo en el umbral de la estación, sintiendo cómo el aire de España se convertía en un vestido que se quedaba corto, apretado en las costuras, a punto de romperse bajo la presión de un cielo que se oscurecía con el humo de la pólvora y el miedo. Viajar, para ella, nunca había sido un acto de placer, sino una forma de desollarse. El tránsito no comenzó con un billete de tren hacia la frontera, sino con la certeza de que su voz necesitaba otros vientos para no ser sepultada por el estruendo de las botas sobre el empedrado.

San Millán quedaba lejos, guardado en el fondo del bolso como un amuleto de piedra y musgo. Recordó el olor del sarmiento quemado en las tardes de invierno riojanas, un aroma seco y honesto que nada tenía que ver con el olor metálico, a grasa y carbón, que inundaba la estación de Francia en Barcelona. Allí, entre el vapor de las locomotoras, María comprendió que el exilio es una forma de morir sin que el corazón deje de latir.

—¿Destino? —preguntó el revisor, con ojos que ya no veían personas, sino bultos, números, sombras que huían. —La supervivencia —susurró ella, aunque en su billete, escrito con tinta oficial y fría, se leyera "París".

Al subir al vagón, sintió que no solo dejaba una geografía, sino una piel. Dejaba atrás la sombra de aquel hombre, Gregorio, cuyo nombre había sido el escudo y la cárcel de su propia producción literaria. Durante años, ella había sido la mano que trazaba las palabras mientras él ponía la firma. Ahora, en el traqueteo inicial del tren, María sintió el primer vértigo de la libertad: en el exilio, al menos, el dolor sería solo suyo.

París no fue una fiesta; fue un laberinto de buhardillas y café recalentado. En la ciudad de la luz, María descubrió que el tránsito es, ante todo, un estado mental. Se vive en las estaciones, en las salas de espera de las embajadas, en las colas del hambre disfrazada de dignidad donde las mujeres rusas, polacas y españolas compartían un silencio de hermanas.

Caminaba por el Boulevard Saint-Michel y, a veces, una luz dorada filtrándose entre los castaños la transportaba de golpe a los pies del monte San Lorenzo. Era un espejismo sensorial: por un segundo, el ruido del tráfico parisino se convertía en el susurro del río Cárdenas. Pero al parpadear, la realidad se imponía: el frío calaba sus huesos de mujer madura que ya no tenía un hogar al que regresar para calentar las manos en la gloria.

Escribía incansablemente en las mesas de mármol de los cafés, recuperando la autoría de su propia vida en servilletas y hojas sueltas. Ya no era la colaboradora invisible; era el cuerpo que tiritaba bajo un abrigo gastado, la intelectual que discutía de política con el estómago vacío. El viaje le enseñó que la identidad es un mapa que se dibuja mientras se camina. En Niza, frente a un Mediterráneo que compartía aguas con su tierra pero que le hablaba en un francés cortés y distante, comprendió que ser mujer y estar en tránsito es una doble condena. Sin casa y sin nombre público, solo le quedaba la palabra. Y la palabra, descubrió con asombro, no necesitaba pasaporte.

El salto hacia América fue el tránsito más largo, un paréntesis de azul absoluto donde el tiempo se diluía como el azúcar en el té. En la cubierta del transatlántico, María observaba la estela del buque, esa cicatriz blanca que el barco dejaba en el mar y que se borraba a los pocos minutos. Así se sentía su vida: una huella constante que el destino se empeñaba en borrar.

¿Dónde termina una mujer y empieza su leyenda? Se preguntaba mientras el salitre le curtía la piel. El exilio es un desierto de agua donde la nostalgia es el único alimento. Allí, rodeada de otros rostros marcados por la derrota, María se convirtió en la memoria de los que no podían hablar. Recordó los monasterios de Suso y Yuso, aquellos cofres de piedra donde el castellano empezó a gatear. Si allí nacieron los primeros balbuceos de nuestra lengua, ella, en mitad del Atlántico, estaba reinventando el idioma para que sirviera para decir "adiós" sin romperse por dentro.

"El viaje no es salir de un lugar", anotó en su diario de a bordo, "es dejar que el lugar salga de ti hasta que solo quede el espacio vacío para lo nuevo". Sin embargo, San Millán no salía. Se quedaba en el paladar, en el recuerdo del pan crujiente y el vino recio, una patria portátil que nadie podía confiscarle en las aduanas.

México la recibió con una explosión de colores que herían los ojos tras tanto gris europeo. Era un caos vital, un grito de flores y mercados que le devolvió las ganas de pelear. Pero la vida en tránsito tiene una trampa cruel: el miedo a deshacer las maletas. María vivía con los libros a medio sacar, con las cartas de España guardadas en una caja de galletas, siempre lista para un regreso que el dictador, desde su palacio de sombras, le negaba año tras año.

Luego vino Buenos Aires, con sus avenidas tan anchas que parecían prometer que siempre hay sitio para una desterrada más. En la capital argentina, María se convirtió en

un puente. Su tránsito ya no era geográfico, era una misión cultural. Trabajaba, escribía para la radio, militaba en la causa de las mujeres que, como ella, cruzaban fronteras con los hijos a cuestas y la memoria herida.

A menudo se reunía con otros exiliados. En esas tertulias, el humo del tabaco dibujaba mapas de una España que ya no existía. Hablaban de Madrid, de Granada, de las tierras del norte. María, con esa voz que conservaba la firmeza de la maestra que siempre fue, les recordaba que la verdadera patria no es el suelo donde se nace, sino la lengua que se habita. Y ella habitaba una lengua que cruzaba el océano de ida y vuelta, una lengua que, aunque perseguida en las escuelas, seguía viva en los versos que se recitaban en la clandestinidad del exilio.

Los años pasaron y el tránsito se convirtió en permanencia. La vejez la alcanzó en Buenos Aires, pero sus ojos seguían fijos en un horizonte que quedaba al otro lado del mundo. María de la O Lejárraga, la mujer de los mil nombres —María Martínez Sierra, María de la O, la anónima, la exiliada—, supo al fin que el viaje termina donde uno decide dejar de esperar el regreso físico para abrazar el regreso espiritual.

En sus últimos días, la habitación se llenaba de fantasmas familiares. No necesitaba barcos ni trenes para volver a San Millán. El viaje definitivo es el de la memoria, el único que no requiere visado. En el silencio de la tarde porteña, cerraba los ojos y volvía a ver la luz de La Rioja cayendo sobre los viñedos, esa luz que parece filtrada por una vidriera antigua. Sentía el frío seco de la sierra golpeándole las mejillas y el olor a papel viejo de las bibliotecas donde un día soñó con cambiar el mundo.

El círculo se cerraba. La niña que quería escribir todas las historias había tenido que recorrer el globo para entender que su mejor obra no era un drama teatral ni una novela exitosa, sino su propia resistencia. Ella, la gran viajera, la mujer en tránsito eterno, dejó sus maletas abiertas de par en par. No porque esperara marcharse de nuevo, sino porque al final comprendió la lección más valiosa de la vida errante: que lo único que uno posee de verdad no es lo que ha acumulado en los armarios, sino la huella que ha dejado en el alma de aquellos que, al leerla, aprendieron a ser un poco más libres.

Bajo el cielo de Argentina, una sombra riojana sonreía. María ya no estaba de paso; ahora, por fin, era el camino mismo.

Cuando el tiempo finalmente reclamó el cuerpo de María en aquel rincón de Buenos Aires, el mundo no se detuvo, pero algo en el aire de las dos orillas del Atlántico pareció vibrar con una frecuencia distinta. Se dice que, en el momento de su último aliento, un viento repentino —un cierzo suave pero persistente, con aroma a monte y a piedra antigua— recorrió los pasillos de los monasterios de San Millán, acariciando los lomos de los códices más viejos. Fue el susurro de la viajera que regresaba, no como una anciana cansada por el destierro, sino como una palabra que, tras dar la vuelta al mundo, encontraba por fin su lugar exacto en la página de la historia.

El tránsito de María de la O Lejárraga no terminó con un acta de defunción en una tierra lejana. Su viaje continúa hoy, transformado en una cartografía de la resistencia que desafía los mapas convencionales. El exilio, que para muchos es un vacío o una amputación, para ella fue un semillero itinerante. En cada país que pisó, desde las pensiones húmedas de Niza hasta los salones literarios de México y las redacciones bonaerenses, dejó una semilla de pensamiento crítico, una defensa de la mujer y una pasión por la libertad. Esa huella no estaba escrita en el asfalto de las ciudades extrañas, sino en la conciencia de quienes la leyeron sin saber, a veces, que tras el nombre de un hombre latía el corazón de una riojana indomable.

Es en la quietud de San Millán de la Cogolla donde su eco resuena hoy con una justicia casi mística. Allí, donde el castellano gateó entre glosas marginales, María camina ahora libre de seudónimos y de sombras. El anonimato al que fue condenada —por amor, por lealtad o por la ceguera de una época que no permitía a las mujeres brillar con luz propia— se ha desmoronado como un muro de papel. El viaje de la «vida en tránsito» le arrebató la estabilidad de un hogar físico, pero le otorgó el don de la ubicuidad. Ya no es solo la colaboradora invisible; es la voz que, desde la penumbra del escenario, iluminó la dramaturgia española y que, tras décadas de caminar por tierras ajenas, reclama su derecho a descansar bajo el cielo de su infancia.

Este certamen que hoy la convoca no es solo un homenaje literario; es un acto de reparación histórica, una forma de deshacer las maletas que ella nunca pudo vaciar del todo. Cada cuento que se escribe hoy bajo su nombre es un kilómetro menos en su eterno camino de retorno. Al narrar la vida en tránsito, los nuevos autores no solo cuentan historias, sino que ayudan a María a cruzar la última frontera: la del olvido. Ella nos enseñó que la identidad no es un puerto estático, sino el barco mismo, y que se puede ser

profundamente de San Millán mientras se contempla el Río de la Plata, porque la verdadera patria se lleva en el acento y en la firmeza de las convicciones.

Hoy, las maletas de María de la O Lejárraga ya no guardan el miedo a la frontera ni la amargura del adiós. Están llenas de los relatos de quienes recogen su testigo en este valle del Cárdenas. Su figura se alza sobre los viñedos y las cumbres de la Sierra de la Demanda como un faro para los que se sienten náufragos en su propio tiempo. Porque, al final, el viaje más largo de María no fue el que la llevó a través del océano bajo el sol del trópico, sino el que la trajo de vuelta a la memoria colectiva de su pueblo, sana y salva de la desmemoria.

La vida en tránsito es la vida en su estado más puro: un río que fluye, que cambia de orillas, que se ensancha y se golpea contra las rocas, pero que nunca olvida la pureza del manantial del que nació. María ha dejado de ser una viajera para convertirse en el mapa que todos consultamos. Su rastro es nuestra guía; su voz, nuestro refugio; y su regreso simbólico a San Millán, la prueba definitiva de que ninguna distancia es lo suficientemente larga, ni ningún exilio lo suficientemente amargo, como para borrar a una mujer que decidió hacer de su vida una obra de arte y de su tránsito, un mensaje de esperanza para los siglos venideros. En el silencio de los claustros, si uno presta atención, aún se escucha el rasgueo de su pluma, escribiendo siempre, viajando siempre, hacia la inmortalidad.